

# SONATA DE PRIMAVERA SONATA DE ESTÍO

Ramón María del Valle-Inclán

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-941374-7-1

© 2014 Paradimage Soluciones

# Índice

PRÓLOGO .....	4
SONETO .....	5
NOTA .....	6
SONATA DE PRIMAVERA.....	7
SONATA DE ESTÍO.....	59

## PRÓLOGO

Ramón Valle y Peña (Villanueva de Arosa, 28 de octubre de 1866 – Santiago de Compostela, 5 de enero de 1936), también conocido como Ramón del Valle-Inclán o Ramón María del Valle-Inclán, fue un dramaturgo, poeta y novelista español, que formó parte de la corriente literaria denominada modernismo en España y se encuentra próximo, en sus últimas obras, a la denominada generación del 98. Se le considera uno de los autores clave de la literatura española del siglo XX.

Las Sonatas de Valle-Inclán se publican en libro en 1902 (Sonata de otoño), 1903 (Sonata de estío), 1904 (Sonata de primavera) y 1905 (Sonata de invierno). Estas narraciones, fragmentos de unas memorias ficticias del marqués de Bradomín, constituyen el ejemplo más destacado de prosa modernista en la literatura española. Ya se ve en el título: es una mezcla de artes, su prosa tiene la voluntad de acercarse a la música. Las Sonatas fueron incluidas en la lista de las 100 mejores novelas en español del siglo XX del periódico español «El Mundo».

El Marqués de Bradomín, personaje ficticio inspirado en el general carlista Carlos Calderón, nos cuenta cuatro aventuras amorosas a lo largo de su vida. La narración es retrospectiva, desde la vejez; es una mirada distante y no fruto de un arrebato amoroso. Cada Sonata responde a una época de su vida y a una estación del año.

La Sonata de primavera (novela de Valle-Inclán) (1904) tiene lugar en Italia en el ambiente lujoso de un palacio. El Marqués de Bradomín, tiene que hacer llegar un mensaje del Papa, pero la persona a la que lo tiene que entregar, monseñor Gaetani, se está muriendo. En el palacio se encuentra también la princesa Gaetani, que tiene cinco hijas; la primera, María Rosario va a entrar en un convento, y el Marqués que se siente atraído por ella, intenta conquistarla.

La Sonata de estío (1903) se sitúa en México. En un viaje a México, el Marqués de Bradomín conoce a la 'Niña Chole', que tiene una relación sexual con su padre, que es bandolero. El Marqués se siente atraído por ella y decide tener una relación clandestina.

La presente edición incluye también el soneto que Rubén Darío escribiese en honor al Marqués de Bradomín.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en*  
[www.paradimage.com](http://www.paradimage.com)

## SONETO

¡Marqués –como el Divino lo eres-, te saludo!  
Es el otoño y vengo de un Versalles doliente,  
Hacia mucho frío y erraba vulgar gente,  
El chorro de agua de Verlaine, estaba mudo.

Me quedé pensativo ante un mármol desnudo  
Cuando vi una paloma que cruzó de repente,  
Y por caso de cerebración inconsciente  
Pensé en ti. Toda exégesis en este caso eludo...

Versalles melancólico, una paloma, un lindo  
Mármol, un vulgo errante municipal y espeso,  
Anteriores lecturas de tus sutiles prosas

La reciente impresión de tus triunfos... Prescindo  
De más detalles, para explicarte por eso  
Como autumnal te envió este ramo de rosas

RUBÉN DARÍO

## NOTA

Estas páginas son un fragmento de las "Memorias Amables", que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. Un Don Juan admirable. ¡El más admirable tal vez!...:

Era feo, católico y sentimental...

## SONATA DE PRIMAVERA

### I

Anochecía cuando la silla de posta traspuso la Puerta Salaria y comenzamos a cruzar la campiña llena de misterio y de rumores lejanos. Era la campiña clásica de las vides y de los olivos, con sus acueductos ruinosos, y sus colinas que tienen la graciosa ondulación de los senos femeninos. La silla de posta caminaba por una vieja calzada: Las mulas del tiro sacudían pesadamente las colleras, y el golpe alegre y desigual de los cascabeles despertaba un eco en los floridos olivares. Antiguos sepulcros orillaban el camino y mustios cipreses dejaban caer sobre ellos su sombra venerable. La silla de posta seguía siempre la vieja calzada, y mis ojos fatigados de mirar en la noche se cerraban con sueño. Al fin me quedé dormido y no desperté hasta cerca del amanecer, cuando la luna, ya muy pálida, se desvanecía en el cielo. Poco después, todavía entumecido por la quietud y el frío de la noche, comencé a oír el canto de madrugeros gallos, y el murmullo bullente de un arroyo que parecía despertarse con el sol. A lo lejos, almenados muros se destacaban negros y sombríos sobre celajes de frío azul. Era la vieja, la noble, la piadosa ciudad de Liguria.

Entramos por la Puerta Lorenciana. La silla de posta caminaba lentamente, y el cascabeleo de las mulas hallaba un eco burlón, casi sacrílego, en las calles desiertas donde crecía la yerba. Tres viejas, que parecían tres sombras, esperaban acurrucadas a la puerta de una iglesia todavía cerrada, pero otras campanas distantes ya tocaban a la misa de alba. La silla de posta seguía una calle de huertos, de caserones y de conventos, una calle antigua, enlosada y resonante. Bajo los aleros sombríos revoloteaban los gorriones, y en el fondo de la calle el farol de una hornacina agonizaba. El tardo paso de las mulas me dejó vislumbrar una Madona: Sostenía al Niño en el regazo, y el Niño, riente y desnudo, tendía los brazos para alcanzar un pez que los dedos virginales de la madre le mostraban en alto, como en un juego cándido y celeste. La silla de posta se detuvo. Estábamos a las puertas del Colegio Clementino.

Ocurría esto en los felices tiempos del Papa-Rey, y el Colegio Clementino conservaba todas sus pragmáticas, sus fueros y sus rentas. Todavía era retiro de ilustres varones, todavía se le llamaba noble archivo de las ciencias. El rectorado ejercíalo desde hacía muchos años un ilustre prelado: Monseñor Estefano Gaetani, Obispo de Betulia, de la familia de los Príncipes Gaetani. Para aquel varón, lleno de evangélicas virtudes y de ciencia teológica, llevaba yo el capelo cardenalicio. Su Santidad había querido honrar mis juveniles años, eligiéndome entre sus guardias nobles, para tan alta misión. Yo soy Bibiena di Rienzo, por la línea de mi abuela paterna, Julia Aldegrina, hija del Príncipe Máximo de

Bibiena que murió en 1770, envenenado por la famosa comedianta Simoneta la Cortticelli, que tiene un largo capítulo en las Memorias del Caballero de Sentgal.

## II

Dos bedeles con sotana y birreta paseábanse en el claustro. Eran viejos y ceremoniosos. Al verme entrar corrieron a mi encuentro:

—¡Una gran desgracia, Excelencia! ¡Una gran desgracia!

Me detuve, mirándoles alternativamente:

—¿Qué ocurre?

Los dos bedeles suspiraron. Uno de ellos comenzó:

—Nuestro sabio rector...

Y el otro, lloroso y doctoral, rectificó:

—¡Nuestro amantísimo padre, Excelencia...! Nuestro amantísimo padre, nuestro maestro, nuestro guía, está en trance de muerte. Ayer sufrió un accidente hallándose en casa de su hermana...

Y aquí el otro bedel, que callaba enjugándose los ojos, ratificó a su vez:

—La Señora Princesa Gaetani, una dama española que estuvo casada con el hermano mayor de Su Ilustrísima: El Príncipe Filipo Gaetani. Aun no hace el año que falleció en una cacería. ¡Otra gran desgracia, Excelencia!...

Yo interrumpí un poco impaciente:

—¿Monseñor ha sido trasladado al Colegio?

—No lo ha consentido la Señora Princesa. Ya os digo que está en trance de muerte.

Inclinéme con solemne pesadumbre.

—¡Acatemos la voluntad de Dios!

Los dos bedeles se santiguaron devotamente. Allá en el fondo del claustro resonaba un campanilleo argentino, grave, litúrgico. Era el viático para Monseñor, y los bedeles se quitaron las birretas. Poco después, bajo los arcos, comenzaron a desfilar los colegiales: humanistas y teólogos, doctores y bachilleres formaban larga procesión. Salían por un arco, divididos en dos hileras, y rezaban con sordo rumor. Sus manos cruzadas sobre el pecho, oprímían las birretas, mientras las flotantes becas barrían las losas. Yo hiqué una rodilla en tierra y los miré pasar. Bachilleres y doctores también me miraban. Mi manto de guardia noble pregonaba quién era yo, y ellos lo comentaban en voz baja. Cuando

pasaron todos, me levanté y seguí detrás. La campanilla del viático ya resonaba en el confín de la calle. De tiempo en tiempo algún viejo devoto salía de su casa con un farol encendido, y haciendo la señal de la cruz se incorporaba al cortejo. Nos detuvimos en una plaza solitaria, frente a un palacio que tenía todas las ventanas iluminadas. Lentamente el cortejo penetró en el ancho zaguán. Bajo la bóveda, el rumor de los rezos se hizo más grave, y el argentino son de la campanilla revoloteaba glorioso sobre las voces apagadas y contritas.

Subimos la señorial escalera. Hallábanse francas todas las puertas, y viejos criados con hachas de cera nos guiaron a través de los salones desiertos. La cámara donde agonizaba Monseñor Estefano Gaetani estaba sumida en religiosa oscuridad. El noble prelado yacía sobre un lecho antiguo con dosel de seda. Tenía cerrados los ojos. Su cabeza desaparecía en el hoyo de las almohadas, y su corvo perfil de patricio romano destacábase en la penumbra inmóvil, blanco, sepulcral, como el perfil de las estatuas yacentes. En el fondo de la estancia, donde había un altar, rezaban arrodilladas la Princesa y sus cinco hijas.

La Princesa Gaetani era una dama todavía hermosa, blanca y rubia: Tenía la boca muy roja, las manos como de nieve, dorados los ojos y dorado el cabello. Al verme clavó en mí una larga mirada y sonrió con amable tristeza. Yo me incliné y volví a contemplarla. Aquella Princesa Gaetani me recordaba el retrato de María de Médicis, pintado cuando sus bodas con el Rey de Francia, por Pedro Pablo Rubens.

### III

Monseñor apenas pudo entreabrir los ojos y alzarse sobre las almohadas, cuando el sacerdote que llevaba el viático se acercó a su lecho. Recibida la comunión, su cabeza volvió a caer desfallecida, mientras sus labios balbuceaban una oración latina, fervorosos y torpes. El cortejo comenzó a retirarse en silencio. Yo también salí de la alcoba. Al cruzar la antecámara, acercóse a mí un familiar de Monseñor:

—¿Vos, sin duda, sois el enviado de Su Santidad...?

—Así es. Soy el Marqués de Bradomín.

—La Princesa acaba de decírmelo...

—¿La Princesa me conoce?

—Ha conocido a vuestros padres.

—¿Cuándo podré ofrecerle mis respetos?

—La Princesa desea hablaros ahora mismo.

Nos apartamos para seguir la plática en el hueco de una ventana. Cuando desfilaron los últimos colegas y quedó desierta la antecámara, miré instintivamente hacia la puerta de

la alcoba, y vi a la Princesa que salía rodeada de sus hijas, enjugándose los ojos con un pañuelo de encajes. Me acerqué y le besé la mano. Ella murmuró débilmente:

—¡En qué triste ocasión vuelvo a verte, hijo mío!

La voz de la Princesa Gaetani despertaba en mi alma un mundo de recuerdos lejanos que tenían esa vaguedad risueña y feliz de los recuerdos infantiles. La Princesa continuó:

—¿Qué sabes de tu madre? De niño te parecías mucho a ella, ahora no... ¡Cuántas veces te tuve en mi regazo! ¿No te acuerdas de mí?

Yo murmuré indeciso:

—Me acuerdo de la voz...

Y callé evocando el pasado. La Princesa Gaetani me contemplaba sonriendo, y de pronto, en el dorado misterio de sus ojos, yo adiviné quién era. A mi vez sonreí. Ella entonces me dijo:

—¿Ya te acuerdas?

—Sí...

—¿Quién soy?

Volví a besar su mano, y luego respondí:

—La hija del Marqués de Agar...

Sonrió tristemente recordando su juventud, y me presentó a sus hijas:

—María del Rosario, María del Carmen, María del Pilar, María de la Soledad, María de las Nieves... Las cinco son Marías.

Con una sola y profunda reverencia las saludé a todas. La mayor, María del Rosario, era una mujer de veinte años, y la más pequeña, María de las Nieves, una niña de cinco. Todas me parecieron bellas y gentiles. María del Rosario era pálida, con los ojos negros, llenos de luz ardiente y lánguida. Las otras, en todo semejantes a su madre, tenían dorados los ojos y el cabello. La Princesa tomó asiento en un ancho sofá de damasco carmesí y empezó a hablarme en voz baja. Sus hijas se retiraron en silencio, despidiéndose de mí con una sonrisa, que era a la vez tímida y amable. María del Rosario salió la última. Creo que además de sus labios me sonrieron sus ojos, pero han pasado tantos años, que no puedo asegurarlo. Lo que recuerdo todavía es que viéndola alejarse, sentí que una nube de vaga tristeza me cubría el alma. La Princesa se quedó un momento con la mirada fija en la puerta por donde habían desaparecido sus hijas, y luego, con aquella suavidad de dama amable y devota, me dijo:

—¡Ya las conoces!

Yo me incliné:

—¡Son tan bellas como su madre!

—Son muy buenas y eso vale más.

Yo guardé silencio, porque siempre he creído que la bondad de las mujeres es todavía más efímera que su hermosura. Aquella pobre señora creía lo contrario, y continuó:

—María Rosario entrará en un convento dentro de pocos días. ¡Dios la haga llegar a ser otra Beata Francisca Gaetani!

Yo murmuré con solemnidad:

—¡Es una separación tan cruel como la muerte!

La Princesa me interrumpió vivamente:

—Sin duda que es un dolor muy grande, pero también es un consuelo saber que las tentaciones y los riesgos del mundo no existen para ese ser querido. Si todas mis hijas entrasen en un convento, yo las seguiría feliz... ¡Desgraciadamente no son todas como María Rosario!

Calló, suspirando con la mirada abstraída, y en el fondo dorado de sus ojos yo creí ver la llama de un fanatismo trágico y sombrío. En aquel momento, uno de los familiares que velaban a Monseñor Gaetani, asomóse a la puerta de la alcoba, y allí estuvo sin hacer ruido, dudoso de turbar nuestro silencio, hasta que la Princesa se dignó interrogarle, suspirando entre desdeñosa y afable:

—¿Qué ocurre, Don Antonino?

Don Antonino juntó las manos con falsa beatitud, y entornó los ojos:

—Ocurre, Excelencia, que Monseñor desea hablar al enviado de Su Santidad.

—¿Sabe que está aquí?

—Lo sabe, sí, Excelencia. Le ha visto cuando recibió la Santa Unción. Aun cuando pudiera parecer lo contrario, Monseñor no ha perdido el conocimiento un solo instante.

A todo esto yo me había puesto en pie. La Princesa me alargó su mano, que todavía en aquel trance supe besar con más galantería que respeto, y entré en la cámara donde agonizaba Monseñor.

#### IV

El noble prelado fijó en mí los ojos vidriosos, moribundos, y quiso bendecirme, pero su mano cayó desfallecida a lo largo del cuerpo, al mismo tiempo que una lágrima le

resbalaba lenta y angustiosa por la mejilla. En el silencio de la cámara, sólo el resuello de su respiración se escuchaba. Al cabo de un momento pudo decir con afanoso balbuceo:

—Señor Capitán, quiero que llevéis el testimonio de mi gratitud al Santo Padre...

Calló y estuvo largo espacio con los ojos cerrados. Sus labios secos y azulencos, parecían agitados por el temblor de un rezo. Al abrir de nuevo los ojos, continuó:

—Mis horas están contadas. Los honores, las grandezas, las jerarquías, todo cuanto ambicioné durante mi vida, en este momento se esparce como vana ceniza ante mis ojos de moribundo. Dios Nuestro Señor no me abandona, y me muestra la aspereza y desnudez de todas las cosas... Me cercan las sombras de la Eternidad, pero mi alma se ilumina interiormente con las claridades divinas de la Gracia...

Otra vez tuvo que interrumpirse, y falto de fuerzas cerró los ojos. Uno de los familiares acercóse y le enjugó la frente sudorosa con un pañuelo de fina batista. Después, dirigiéndose a mí, murmuró en voz baja:

—Señor Capitán, procurad que no hable.

Yo asentí con un gesto. Monseñor abrió los ojos y nos miró a los dos. Un murmullo apagado salió de sus labios. Me incliné para oírle, pero no pude entender lo que decía. El familiar me apartó suavemente, y doblándose a su vez sobre el pecho del moribundo, pronunció con amable imperio:

—¡Ahora es preciso que descanse Su Excelencia! No habléis...

El prelado hizo un gesto doloroso. El familiar volvió a pasarle el pañuelo por la frente, y al mismo tiempo sus ojos sagaces de clérigo italiano me indicaban que no debía continuar allí. Como ello era también mi deseo, le hice una cortesía y me alejé. El familiar ocupó un sillón que había cercano a la cabecera, y recogiendo suavemente los hábitos se dispuso a meditar, o acaso a dormir, pero en aquel momento advirtió Monseñor que yo me retiraba, y alzándose con supremo esfuerzo, me llamó:

—¡No te vayas, hijo mío! Quiero que lleves mi confesión al Santo Padre.

Esperó a que nuevamente me acercase, y con los ojos fijos en el cándido altar que había en un extremo de la cámara, comenzó:

—¡Dios mío, que me sirva de penitencia el dolor de mi culpa y la vergüenza que me causa confesarla!

Los ojos del prelado estaban llenos de lágrimas. Era afanosa y ronca su voz. Los familiares se congregaban en torno del lecho. Sus frentes inclinábanse al suelo. Todos aparentaban una gran pesadumbre, y parecían de antemano edificados por aquella confesión que intentaba hacer ante ellos el moribundo Obispo de Betulia. Yo me arrodillé. El prelado

rezaba en silencio, con los ojos puestos en el crucifijo que había en el altar. Por sus mejillas descarnadas las lágrimas corrían hilo a hilo. Al cabo de un momento, comenzó:

—Nació mi culpa cuando recibí las primeras cartas donde mi amigo, Monseñor Ferrati, me anunciaba el designio que de otorgarme el capelo tenía Su Santidad. ¡Cuán flaca es nuestra humana naturaleza, y cuán frágil el barro de que somos hechos! Creí que mi estirpe de Príncipe valía más que la ciencia y que la virtud de otros varones. Nació en mi alma el orgullo, el más fatal de los consejeros humanos, y pensé que algún día seríame dado regir a la Cristiandad. Pontífices y Santos hubo en mi casa, y juzgué que podía ser como ellos. ¡De esta suerte nos ciega Satanás! Sentíame viejo y esperé que la muerte allanase mi camino. Dios Nuestro Señor no quiso que llegase a vestir la sagrada púrpura y, sin embargo, cuando llegaron inciertas y alarmantes noticias, yo temí que hiciese naufragar mis esperanzas la muerte que todos temían de Su Santidad... ¡Dios mío, he profanado tu altar rogándote que reserves aquella vida preciosa porque, segada en más lejanos días, pudiera serme propicia su muerte! ¡Dios mío, cegado por el Demonio, hasta hoy no he tenido conciencia de mi culpa! ¡Señor, tú que lees en el fondo de las almas, tú que conoces mi pecado y mi arrepentimiento, devuélveme tu Gracia!

Calló, y un largo estremecimiento de agonía recorrió su cuerpo. Había hablado con apagada voz, impregnada de apacible y sereno desconsuelo. La huella de sus ojeras se difundió por la mejilla y sus ojos, cada vez más hundidos en las cuencas, se nublaron con una sombra de muerte. Luego quedó estirado, rígido, indiferente, la cabeza torcida, entreabierto la boca por la respiración, el pecho agitado. Todos permanecemos de rodillas, irresolutos, sin osar llamarle ni movernos por no turbar aquel reposo que nos causaba horror. Allá abajo exhalaba su perpetuo sollozo la fuente que había en medio de la plaza y se oían las voces de unas niñas que jugaban a la rueda. Cantaban una antigua letra de cadencia lánguida y nostálgica. Un rayo de sol abrileño y matinal brillaba en los vasos sagrados del altar, y los familiares rezaban en voz baja, edificados por aquellos devotos escrúpulos que torturaban el alma cándida del prelado... Yo, pecador de mí, empezaba a dormirme, que había corrido toda la noche en silla de posta, y cansa cuando es larga una jornada.

## V

Al salir de la cámara donde agonizaba Monseñor Gaetani, halléme con un viejo y ceremonioso mayordomo que me esperaba en la puerta.

—Excelencia, mi Señora la Princesa me envía para que os muestre vuestras habitaciones.

Yo apenas pude reprimir un estremecimiento. En aquel instante, no sé decir qué vago aroma primaveral traía a mi alma el recuerdo de las cinco hijas de la Princesa. Mucho me alegraba la idea de vivir en el Palacio Gaetani y, sin embargo, tuve valor para negarme:

—Decid a vuestra Señora la Princesa Gaetani toda mi gratitud, y que me hospedo en el Colegio Clementino.

El mayordomo pareció consternado:

—Excelencia, creedme que le causáis una gran contrariedad. En fin, si os negáis, tengo orden de llevarle recado. Os dignaréis esperar algunos momentos. Está terminando de oír misa.

Yo hice un gesto de resignación:

—No le digáis nada. Dios me perdonará si prefiero este palacio, con sus cinco doncellas encantadas, a los graves teólogos del Colegio Clementino.

El mayordomo me miró con asombro, como si dudase de mi juicio. Después mostró deseos de hablarme, pero tras algunas vacilaciones, terminó indicándome el camino, acompañando la acción tan sólo con una sonrisa. Yo le seguí. Era un vejo rasurado, vestido con largo levitón eclesiástico que casi le rozaba los zapatos ornados con hebillas de plata. Se llamaba Polonio, andaba en la punta de los pies, sin hacer ruido, y a cada momento se volvía para hablarme en voz baja y llena de misterio:

—Pocas esperanzas hay de que Monseñor reserve la vida...

Y después de algunos pasos:

—Yo tengo ofrecida una novena a la Santa Madona...

Y un poco más allá, mientras levantaba una cortina:

—No estaba obligado a menos. Monseñor me había prometido llevarme a Roma.

Y volvió a continuar la marcha:

—¡No lo quiso Dios...! ¡No lo quiso Dios...!

De esta suerte atravesamos la antecámara, y un salón casi oscuro y una biblioteca desierta. Allí el mayordomo se detuvo palpándose las faltriqueras de su calzón, ante una puerta cerrada:

—¡Válgame Dios...! He perdido mis llaves...

Todavía continuó registrándose. Al cabo dio con ellas, abrió y apartóse dejándome paso:

—La Señora Princesa desea que dispongáis del salón, de la biblioteca y de esta cámara.

Yo entré. Aquella estancia me pareció en todo semejante a la cámara en que agonizaba Monseñor Gaetani. También era honda y silenciosa, con antiguos cortinajes de damasco carmesí. Arrojé sobre un sillón mi manto de guardia noble, y me volví mirando los cuadros que colgaban de los muros. Eran antiguos lienzos de la escuela florentina, que

representaban escenas bíblicas: —Moisés salvado de las aguas, Susana y los ancianos, Judith con la cabeza de Holofernes.— Para que pudiese verlos mejor, el mayordomo corrió de un lado al otro levantando todos los cortinajes de las ventanas. Después me dejó contemplarlos en silencio. Andaba detrás de mí como una sombra, sin dejar caer de los labios la sonrisa, una vaga sonrisa doctoral. Cuando juzgó que los había mirado a todo sabor y talante, acercóse en la punta de los pies y dejó oír su voz cascada, más amable y misteriosa que nunca:

—¿Qué os parece? Son todos de la misma mano. ¡Y qué mano...!

Yo le interrumpí:

—¿Sin duda, Andrea del Sarto?

El Señor Polonio adquirió un continente grave, casi solemne:

—Atribuidos a Rafael.

Me volví a dirigirles una nueva ojeada y el Señor Polonio continuó:

—Reparad que tan sólo digo atribuidos. En mi humilde parecer valen más que si fuesen de Rafael... ¡Yo los creo del Divino!

—¿Quién es el Divino?

El mayordomo abrió los brazos definitivamente consternado:

—¿Y vos me lo preguntáis, Excelencia? ¡Quién puede ser sino Leonardo da Vinci...!

Y guardó silencio, contemplándose con verdadera lástima. Yo apenas disimulé una sonrisa burlona. El Señor Polonio aparentó no verla y, sagaz como un cardenal romano, comenzó a adularme:

—Hasta hoy no había dudado... Ahora os confieso que dudo. Excelencia, acaso tengáis razón. Andrea del Sarto pintó mucho en el taller de Leonardo, y sus cuadros de esa época se parecen tanto, que más de una vez han sido confundidos... En el mismo Vaticano hay un ejemplo: La Madona de la Rosa. Unos la juzgan del Vinci y otros del Sarto. Yo la creo del marido de Doña Lucrecia del Federe, pero tocada por el Divino. Ya sabéis que era cosa frecuente entre maestros y discípulos.

Yo le escuchaba con un gesto de fatiga. El Señor Polonio, al terminar su oración, me hizo una profunda reverencia y corrió con los brazos en alto, de una en otra ventana, soltando los cortinajes. La cámara quedó en una media luz propicia para el sueño. El Señor Polonio se despidió en voz baja, como si estuviese en una capilla y salió sin ruido, cerrando tras sí la puerta... Era tanta mi fatiga, que dormí hasta la caída de la tarde. Me desperté soñando con María Rosario.

## VI

La biblioteca tenía tres puertas que daban sobre una terraza de mármol. En el jardín las fuentes repetían el comentario voluptuoso que parecen hacer a todo pensamiento de amor, sus voces eternas y juveniles. Al inclinarme sobre la balaustrada, yo sentí que el hálito de la Primavera me subía al rostro. Aquel viejo jardín de mirtos y de laureles mostrábase bajo el sol poniente lleno de gracia gentilica. En el fondo, caminando por los tortuosos senderos de un laberinto, las cinco hermanas se aparecían con las faldas llenas de rosas, como en una fábula antigua. A lo lejos, surcado por numerosas velas latinas que parecían de ámbar, extendíase el Mar Tirreno. Sobre la playa de dorada arena morían mansas las olas, y el son de los caracoles con que anunciaban los pescadores su arribada a la playa, y el ronco canto del mar, parecían acordarse con la fragancia de aquel jardín antiguo donde las cinco hermanas se contaban sus sueños juveniles a la sombra de los rosáceos laureles.

Se habían sentado en un gran banco de piedra a componer sus ramos. Sobre el hombro de María Rosario estaba posada una paloma, y en aquel cándido suceso yo hallé la gracia y el misterio de una alegoría. Tocaban a fiesta unas campanas de aldea, y la iglesia se perfilaba a lo lejos en lo alto de una colina verde, rodeada de cipreses. Salía la procesión, que anduvo alrededor de la iglesia, y distinguíanse las imágenes en sus andas, con los mantos bordados que brillaban al sol, y los rojos pendones parroquiales que iban delante, flameando victoriosos como triunfos litúrgicos. Las cinco hermanas se arrodillaron sobre la yerba, y juntaron las manos llenas de rosas.

Los mirlos cantaban en las ramas, y sus cantos se respondían encadenándose en un ritmo remoto como las olas del mar. Las cinco hermanas habían vuelto a sentarse. Tejían sus ramos en silencio, y entre la púrpura de las rosas revoloteaban como albas palomas sus manos, y los rayos del sol que pasaban a través del follaje, temblaban en ellas como místicos haces encendidos. Los tritones y las sirenas de las fuentes borboteaban su risa quimérica, y las aguas de plata corrían con juvenil murmullo por las barbas limosas de los viejos monstruos marinos que se inclinaban para besar a las sirenas, presas en sus brazos. Las cinco hermanas se levantaron para volver al Palacio. Caminaban lentamente por los senderos del laberinto, como princesas encantadas que acarician un mismo ensueño. Cuando hablaban, el rumor de sus voces se perdía en los rumores de la tarde, y sólo la onda primaveral de sus risas se levantaba armónica bajo la sombra de los clásicos laureles.

Cuando penetré en el salón de la Princesa ya estaban las luces encendidas. En medio del silencio resonaba llena de gravedad la voz de un Colegial Mayor, que conversaba con las señoras que componían la tertulia de la Princesa Gaetani. El salón era dorado y de un gusto francés, femenino y lujoso. Amorcillos con guirnalda, ninfas vestidas de encajes, galantes cazadores y venados de enramada cornamenta poblaban la tapicería del muro, y sobre las consolas, en graciosos grupos de porcelana, duques pastores ceñían el florido

talle de marquesas aldeanas. Yo me detuve un momento en la puerta. Al verme, las damas que ocupaban el estrado suspiraron y el Colegial Mayor se puso en pie:

—Permítame el Señor Capitán que le salude en nombre de todo el Colegio Clementino.

Y me largó su mano carnosa y blanca, que parecía reclamar la pastoral amatista. Por privilegio pontificio vestía beca de terciopelo, que realzaba su figura prócer y llena de majestad. Era un hombre joven, pero con los cabellos blancos. Tenía los ojos llenos de fuego, la nariz aguileña y la boca de estatua, firme y bien dibujada. La Princesa me lo presentó con un gesto lleno de languidez sentimental:

—Monseñor Antonelli. ¡Un sabio y un santo!

Yo me incliné:

—Sé, Princesa, que los cardenales romanos le consultan las más arduas cuestiones teológicas, y la fama de sus virtudes a todas partes llega...

El Colegial interrumpió con su grave voz, reposada y amable:

—No soy más que un filósofo, entendiendo la filosofía como la entendían los antiguos: Amor a la sabiduría.

Después, volviendo a sentarse, continuó:

—¿Habéis visto a Monseñor Gaetani? ¡Qué desgracia! ¡Tan grande como impensada!

Todos guardamos un silencio triste. Dos señoras ancianas, las dos vestidas de seda con noble severidad, interrogaban a un mismo tiempo y con la misma voz:

—¿No hay esperanzas?

La Princesa suspiró:

—No las hay... Solamente un milagro.

De nuevo volvió el silencio. En el otro extremo del salón, las hijas de la Princesa bordaban un paño de tisú, las cinco sentadas en rueda. Hablaban en voz baja las unas con las otras, y sonreían con las cabezas inclinadas. Sólo María Rosario permanecía silenciosa, y bordaba lentamente como si soñase. Temblaba en las agujas el hilo de oro, y bajo los dedos de las cinco doncellas nacían las rosas y los lirios de la flora celeste que puebla los paños sagrados. De improviso, en medio de aquella paz, resonaron tres aldabadas. La Princesa palideció mortalmente. Los demás no hicieron sino mirarse. El Colegial Mayor se puso en pie:

—Permitirán que me retire. No creí que fuese tan tarde... ¿Cómo han cerrado ya las puertas?

La Princesa repuso temblando:

—No las han cerrado.

Y las dos ancianas vestidas de seda negra susurraron:

—¡Algún insolente!

Cambiaron entre ellas una mirada tímida, como para infundirse ánimo, y quedaron atentas, con un ligero temblor. Las aldabadas volvían a sonar, pero esta vez era dentro del Palacio Gaetani. Una ráfaga pasó por el salón y apagó algunas luces. La Princesa lanzó un grito. Todos la rodeamos. Ella nos miraba con los labios trémulos y los ojos asustados. Insinuó una voz:

—Cuando murió el Príncipe Filippo ocurrió esto... ¡Y él lo contaba de su padre!

En aquel momento el Señor Polonio apareció en la puerta del salón, y en ella se detuvo. La Princesa incorporóse en el sofá y se enjugó los ojos. Después, con noble entereza, le interrogó:

—¿Ha muerto?

El mayordomo inclinó la frente:

—¡Ya goza de Dios!

Una onda de gemidos se levantó en el estrado. Las damas rodearon a la Princesa, que con el pañuelo sobre los ojos se desmayaba lánguidamente en el canapé, y el Colegial Mayor se santiguó.

## VII

María Rosario, con los ojos arrasados de lágrimas, guardaba lentamente sus agujas y su hilo de oro. Yo la veía en el otro extremo del salón, inclinada sobre un menudo y cincelado cofre que sostenía abierto en el regazo. Sin duda rezaba en voz baja, porque sus labios se movían débilmente. En su mejilla temblaba la sombra de las pestañas, y yo sentía que en el fondo de mi alma aquel rostro pálido temblaba con el encanto misterioso y poético con que tiembla en el fondo de un lago el rostro de la luna. María Rosario cerró el cofre, y dejando en él la llave de oro, lo puso sobre la alfombra para tomar en brazos a la más niña de sus hermanas, que lloraba asustada. Después se inclinó, besándola. Yo veía cómo la infantil y rubia guedeja de María Nieves desbordaba sobre el brazo de María Rosario, y hallaba en aquel grupo la gracia cándida de esos cuadros antiguos que pintaron los monjes devotos de la Virgen. La niña murmuró:

—¡Tengo sueño!

—¿Quieres que llame a tu doncella para que te acueste?

—Malvina me deja sola. Se figura que estoy durmiendo y se va muy despacio, y cuando quedo sola tengo miedo.

María Rosario alzóse con la niña en brazos, y como una sombra silenciosa y pálida atravesó el salón. Yo acudí presuroso a levantar el cortinaje de la puerta. María Rosario pasó con los ojos bajos, sin mirarme. La niña, en cambio, volvió hacia mí sus claras pupilas llenas de lágrimas, y me dijo con una voz muy tenue:

—Buenas noches, Marqués. Hasta mañana.

—Adiós, preciosa.

Y con el alma herida por el desdén que María Rosario me mostrara, volví al estrado, donde la Princesa seguía con el pañuelo sobre los ojos. Las ancianas de su tertulia la rodeaban, y de tiempo en tiempo se volvían aconsejadoras y prudentes para hablar en voz baja con las niñas, que también suspiraban, pero con menos dolor que su madre:

—Hijas mías, debéis hacer que se acueste.

—Hay que disponer los lutos.

—¿Dónde ha ido María Rosario?

El Colegial Mayor también dejaba oír alguna vez su voz grave y amable. Cada palabra suya producía un murmullo de admiración entre las señoras. La verdad es que cuanto manaba en sus labios parecía lleno de ciencia teológica y de unción cristiana. De rato en rato fijaba en mí una mirada rápida y sagaz, y yo comprendía, con un estremecimiento, que aquellos ojos negros querían leer en mi alma. Yo era el único que allí permanecía silencioso, y acaso el único que estaba triste. Adivinaba, por primera vez en mi vida, todo el influjo galante de los prelados romanos, y acudía a mi memoria la leyenda de sus fortunas amorosas. Confieso que hubo instantes donde olvidé la ocasión, el sitio y hasta los cabellos blancos que peinaban aquellas nobles damas, y que tuve celos, celos rabiosos del Colegial Mayor. De pronto me estremecí. Hacía un momento que callaban todos, y en medio del silencio, el Colegial se acercaba a mí. Posó familiar su diestra sobre mi hombro, y me dijo:

—Caro Marqués, es preciso enviar un correo a Su Santidad.

Yo me incliné:

—Tenéis razón, Monseñor.

Y él repuso con extremada cortesía:

—Me congratula que seáis del mismo consejo... ¡Qué gran desgracia, Marqués!

—¡Muy grande, Monseñor!

Nos mirábamos de hito en hito, con un profundo convencimiento de que fingíamos por igual, y nos separamos. El Colegial Mayor volvió al lado de la Princesa y yo salí del salón para escribir al Cardenal Camarlengo, que lo era entonces Monseñor Sassoferrato.

## VIII

¡María Rosario, en aquella hora fortuita tal vez estaba velando el cadáver de Monseñor Gaetani! Tuve este pensamiento al entrar en la biblioteca, llena de silencio y de sombras. Vino del mundo lejano, y pasó sobre mi alma como soplo de aire sobre un lago de misterio. Sentí en las sienes el frío de unas manos mortales, y, estremecido, me puse en pie. Quedó abandonado sobre la mesa el pliego de papel, donde solamente había trazado la cruz, y dirigí mis pasos hacia la cámara mortuoria. El olor de la cera llenaba el Palacio. Criados silenciosos velaban en los largos corredores, y en la antecámara paseaban dos familiares, que me saludaron con una inclinación de cabeza. Sólo se oía el rumor de sus pisadas y el chisporroteo de los cirios que ardían en la alcoba.

Yo llegué hasta la puerta y me detuve: Monseñor Gaetani yacía rígido en su lecho, amortajado con hábito franciscano: En las manos yertas sostenía una cruz de plata, y sobre su rostro marfileño, la llama de los cirios tan pronto ponía un resplandor como una sombra. Allá, en el fondo de la estancia, rezaba María Rosario. Yo permanecí un momento mirándola. Ella levantó los ojos, se santiguó tres veces, besó la cruz de sus dedos, y poniéndose en pie vino hacia la puerta:

—¿Marqués, queda mi madre en el salón?

—Allí la dejé...

—Es preciso que descanse, porque ya lleva así dos noches... ¡Adiós, Marqués!

—¿No queréis que os acompañe?

Ella se volvió:

—Acompañadme, sí. La verdad es que María Nieves me ha contagiado su miedo...

Atravesamos la antecámara. Los familiares detuvieron un momento el silencioso pasear, y sus ojos inquisidores nos siguieron hasta la puerta. Salimos al corredor, que estaba solo, y sin poder dominarme estreché una mano de María Rosario y quise besarla, pero ella la retiró con vivo enojo:

—¿Qué hacéis?

—¡Que os adoro! ¡Que os adoro!

Asustada, huyó por el largo corredor. Yo la seguí: